

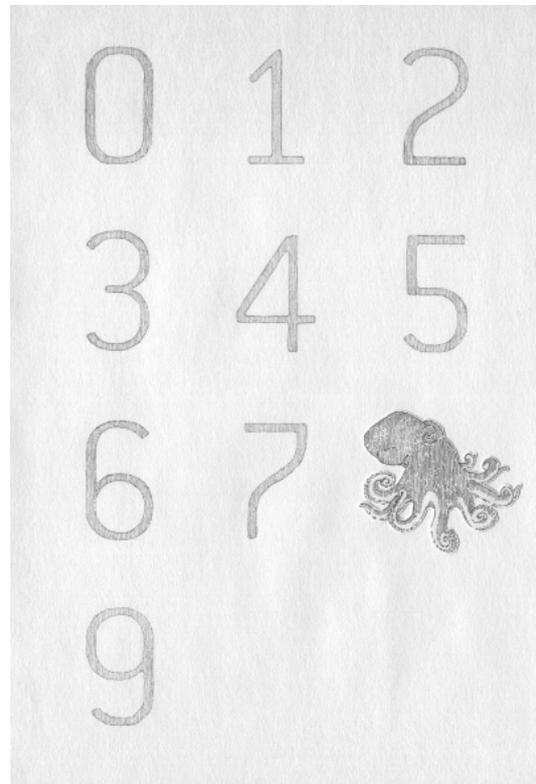
En la perspectiva de los que denomina Ricoeur “actos del habla”, nunca estará fuera de lugar proponer la literatura, más allá del saber que se enseña, como el terreno natural para el desarrollo y la comprensión de las narrativas y, por ende, para el ejercicio del pensamiento y del diálogo, elementos esenciales en la formación del sujeto

## ¿Por qué leemos **obras** de ficción?

Álvaro Díaz R. y Roberto Vargas J.

**L**as obras de ficción son producto de la imaginación personal de un escritor, una ilusión de la realidad. Los personajes que aparecen en un cuento, una novela o una pieza de teatro sólo existen en la realidad de papel inventada por su autor. Los sucesos narrados y descritos en un cuento como “La ley de la vida”, por ejemplo, en verdad no han ocurrido nunca, tal como son relatados por Jack London. Pero al leer esa historia de ficción, uno puede aprender algo acerca de cómo vivían algunas sociedades tribales nómadas en el norte, entre Canadá y Alaska, más exactamente en el territorio del Yukón, hace más de cien años. Naturalmente que su autor tuvo que documentarse cuidadosamente —por medio de la lectura y por medio del contacto directo— sobre la visión cultural del mundo, las costumbres, los modos de supervivencia, las formas de vestir de esas comunidades y sobre las condiciones geográficas y ambientales en que vivían. Todo esto, con el fin de proporcionarle *verosimilitud* a la historia narrada; es decir, de presentar las acciones como si lo narrado efectivamente hubiera sucedido en la vida real.

Por lo general, la reacción inicial de los alumnos, al leer este cuento, es de recha-



Nicolás París, *Diagramas pedagógicos*, Dibujo sobre papel, s. f.

zo hacia la actitud indolente del líder del grupo, quien debe dejar abandonado a su padre, anciano y ciego, a su suerte, a la inexorable muerte, como ha sido tradición en la tribu cada vez ante la llegada de fuertes heladas que la obligan a desplazarse a lugares más apropiados para



su supervivencia. Sin embargo, luego de posteriores lecturas mucho más atentas y reflexivas, la mayoría de los lectores comprenden una faceta ancestral propia de los seres humanos: el bienestar particular debe ceder ante el bienestar colectivo. Este garante constituye la temática central del cuento de London. Y así, suponemos, debería ser en la vida real.

En literatura, la información factual se concibe como un recurso y no como un objetivo en sí mismo. Su propósito es proporcionarle al lector una información de contexto posible para que acepte con naturalidad las condiciones de vida y los conflictos de los personajes. Mediante una cuidadosa selección de detalles, el escritor propone una ilusión, una sensación de peligro, de suspenso, de tensión, de catarsis, que coincida con las emociones que experimentan los personajes del cuento. La intención del escritor es involucrar emocional o racionalmente al lector en la historia que relata. Este, a su vez, acepta las convenciones o reglas que el autor impone a la realidad inventada, y de alguna manera se convierte en cómplice en la invención de esa realidad. Se trata de una realidad ficticia, como acostumbra llamarla el escritor peruano Mario Vargas Llosa:

Lo cierto es que la ficción es, por definición, una ilusión, una impostura —una realidad que no es y sin embargo finge serlo— y toda novela es una mentira que se hace pasar por verdad, una creación cuyo poder de persuasión depende exclusivamente del empleo eficaz, por parte del novelista, de unas técnicas de ilusionismo y de prestidigitación semejantes a las de los magos de circos o teatros (1977: 29).

Cuando una obra de ficción está ambientada en acontecimientos históricos (la

Guerra de Secesión, la Revolución Francesa, la lucha por la independencia de Colombia), y en ella participan personajes históricos (Abraham Lincoln, Maximilien Robespierre, Simón Bolívar, etc.), los hechos, acciones y detalles descritos son narrados como intencionalmente lo ha imaginado y decidido el autor y no como verdaderamente sucedieron. Por eso a las obras literarias también se les designa con el nombre genérico de obras de ficción.

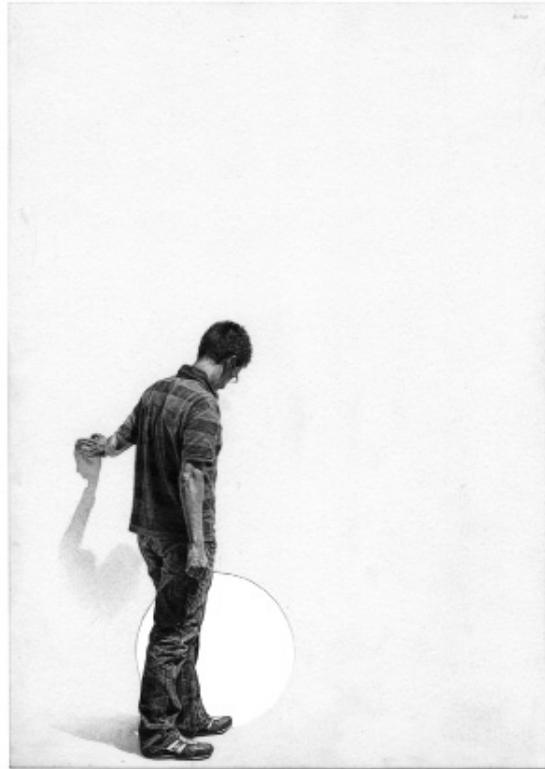
La ficción es una mentira que encubre una profunda verdad; ella es la vida que no fue, la que los hombres y mujeres de una época dada quisieron tener y no tuvieron y por eso debieron inventarla. Ella no es el retrato de la Historia, más bien su contracara o reverso, aquello que no sucedió, y, precisamente por ello debió de ser creado por la imaginación y las palabras para aplacar las ambiciones que la vida verdadera era incapaz de satisfacer, para llenar los vacíos que mujeres y hombres descubrían a su alrededor y trataban de poblar con los fantasmas que ellos mismos fabricaban (1997: 13).

Desde tiempos ancestrales, al hombre le ha fascinado la ficción, tal vez más aún que los mismos hechos de la vida real. Millones de personas disfrutaban la ficción en sus diversas manifestaciones: cine, televisión, teatro, pantomima, cuentos, novelas, etc., y dedican buena parte de su tiempo a leer, mirar o escuchar textos de ficción. Pero, ¿por qué hace la gente largas colas para comprar un tiquete de entrada al cine?, ¿por qué millones de personas se mantienen durante horas pegados a un televisor viendo telenovelas?, ¿qué es lo que motiva a alguien a no abandonar la lectura de una obra literaria sólo hasta cuando ha terminado de leerla? La respuesta podríamos sintetizarla así: la ficción entretiene, divierte, intriga más que la vida cotidiana.



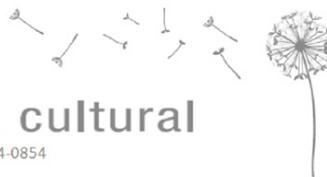
Existe un tipo de ficción cuyo principal propósito es divertir, entretener. A estas obras se las clasifica con el nombre genérico de literatura de escape o diversión. En esta línea son famosas las novelas de Ian Fleming sobre James Bond, la de Edgard Rice Burroughs sobre Tarzán (Lord Greystoke), las novelas de ciencia ficción de Julio Verne, las de misterio de Agatha Christie, los cuentos de los hermanos Grimm, las historias de Lewis Carrol sobre Alicia en el país de las maravillas, entre otros. Por otro lado, están aquellas obras de ficción en las que sus autores le ofrecen al lector oportunidades para que aprecie y reflexione acerca de las complejidades del mundo real y de las conductas humanas.

La lectura de obras literarias nos brinda —aunque sea indirectamente— una fuente inagotable de verdades y de conocimientos. El valor de su enseñanza no radica propiamente en la información, sino en la experiencia que nos proporciona. A partir de la lectura de cuentos, novelas, poemas, obras de teatro, desarrollamos conceptos cargados de valores sobre los comportamientos humanos y la capacidad para confrontar nuestro sistema de creencias con los de las personas de otras épocas, culturas, condición social, cultural, económica, racial, etc. Las obras literarias no proporcionan conocimientos acabados, debidamente elaborados, tal como los encontraríamos, por ejemplo en un manual de historia, sociología o psicología, sino más bien una oportunidad para construirlos. Se trata de un conocimiento personal, un conocimiento de cómo nos comportamos, interpretamos y nos relacionamos con el mundo y con las demás personas, de cómo nos sentimos en determinadas circunstancias, de cómo interpretamos y resolvemos los conflictos que enfrentamos en la vida real.



Cesar Del Valle, *Límites y continuidad 2*, Dibujo, Lápiz, papel, corte, 25 x 17,5 cm, 2013

La lectura de obras de ficción juega un papel crítico en nuestras vidas, sin que en muchos casos lo notemos. Las obras literarias nos proporcionan oportunidades para ejercitar la imaginación, para participar y compartir indirectamente los conflictos y problemas que enfrentan los personajes —aunque sean de ficción— en otros contextos culturales. Gracias a la literatura, el hombre puede proyectarse a otros contextos culturales en el tiempo y en el espacio y conocer su idiosincrasia, sus modos de sentir y de vivir, sus tradiciones culturales u otros aspectos. Al penetrar en este contexto, el hombre puede coincidir o disentir de su modo de apreciar el mundo real con el mundo de ficción en que se desarrolla la historia.



Por eso se puede afirmar que la ficción, al enfrentarnos vicariamente con las experiencias ajenas y hacernos reflexionar acerca de nuestros propios valores y nuestras propias opciones, nos muestra también la verdadera dimensión de nuestros conflictos que son, en definitiva, los conflictos de toda la humanidad.

Aunque pueda resultar paradójico, las obras de ficción nos ofrecen oportunidades para reflexionar sobre las conductas humanas de los seres reales, para auto explorarnos, para definirnos como quienes realmente somos o, al menos, como deberíamos ser y acerca de cómo debería ser el mundo. Con las obras literarias aprendemos a valorar las diferencias y a procurar la justicia. Ellas generan en nosotros serias reflexiones acerca de diversos aspectos que rigen la vida del hombre: la muerte, la soledad, el heroísmo, la vejez, el amor, las fuerzas de la naturaleza, nuestras relaciones interpersonales... La ficción nos hace reír, nos pone tristes, nos asusta o excita, nos trae de nuevo a enfrentarnos con los temores más ancestrales del hombre.

Las buenas obras de ficción generan en nosotros serias reflexiones sobre la vida y sobre nosotros mismos; del mismo modo, nos hacen plantearnos cuestiones sobre las relaciones humanas, la supervivencia, el amor, la muerte, la crueldad del destino, y pare de contar. Irónicamente, las obras de ficción nos permiten reflexionar sobre cómo es la vida real. Cuando desde la escuela secundaria hasta la educación superior se sabe fomentar y orientar la lectura de obras literarias mediante preguntas esenciales apropiadas para la ocasión, los alumnos tienen valiosas oportunidades para comprender mejor para qué sirve la literatura y cuál es el tipo de conocimiento que ella nos proporciona.

## Fuentes

- London, J. "La ley de la vida", cuento disponible en el sitio web Ciudad Seva: [http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ing/london/la\\_ley\\_de\\_la\\_vida.htm](http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ing/london/la_ley_de_la_vida.htm)
- Vargas Llosa, M. (1977). *Cartas a un joven novelista*. Bogotá: Editorial Planeta.

Álvaro Díaz es licenciado en filosofía e idiomas de la Universidad del Atlántico y Magister en Lingüística y Español de la Universidad del Valle. Ha publicado con la Editorial Universidad de Antioquia los libros *Aproximación al texto escrito*, *La argumentación escrita y Retórica de la escritura académica*, *Pensamiento crítico y argumentación discursiva*. Roberto Vargas J. es profesor de la Universidad del Atlántico. Escribieron este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.



**26<sup>a</sup> Feria del Libro**  
**Universidad de Antioquia**

**22 al 26**  
de julio de 2014  
Ciudad Universitaria, Plazoleta Central

**22 al 24** de julio de 2014  
Ciudadela Robledo